

El Mercurio Valenciano., Valencia, 22 setiembre)

Los censores.-El suizo Schiller.

"La Lucha", Barcelona, /24 septiembre/ 1918

El suizo Schiller, el carcelero de Silvio Pellico — esta otra víctima del despotismo de los Habsburgos, — en su prisión de Spielberg, al decirle éste, apretándole la mano, que lo conocía por bueno, le contestó: «Soy malo (no soy un prisionero)», señor; me hicieron prestar un juramento al que no faltaré jamás. Estoy obligado a tratar a todos los prisioneros sin tener en cuenta su condición, sin indulgencia, sin concesión de abusos y tanto más a los prisioneros de Estado. El emperador sabe lo que hace; yo debo obedecerle».

La doctrina aquí expuesta por el suizo Schiller es la inhumana y anticristiana doctrina de la servidumbre militar, pero el carcelero se reconocía malo, «cattivo», mezquino, siervo. Su actitud ante Silvio Pellico era la del publicano de la parábola. Frente a ella se podría oponer la de no pocos leales servidores a su patria, y hasta algunos de esos militares, que han proclamado el sagrado deber de desobedecer alguna vez a su soberano y aun el de rebelarse.

Acaso el pobre Schiller era en lo religioso, hijo de la Reforma que proclamó el principio del libre examen; pero no se le había ocurrido aplicar este principio a lo civil. Y es que ha habido pueblos que se sacudieron de la tiranía despótica de la Iglesia Romana para ir á caer en la tiranía más despótica aún de un Imperio militarizado, sometido a la bárbara, inhumana, incivil y anticristiana disciplina militar que convierte a los soldados en verdugos y en carceleros sin conciencia propia.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



Ahora una parte de la prensa se ha alzado contra la forma despótica y bárbara en que se está ejerciendo la censura; pero no sabemos que se le haya ocurrido declarar indignos a los que la ejercen, que son unos suizos Schiller. Y, sin embargo, esta es la derecha.

El que acepta el cargo de ejercer tal censura no es un hombre libre, no es más que un siervo y de la más triste especie. Ninguna tiranía, ningún despotismo serían posibles si no hubiera espíritus mezquinos con patológica afición al oficio de esbirros. Hay funciones que degradan y que antes de aceptarlas una persona digna se resigna hasta a vivir de limosna.

Muchas veces hemos pensado en el problema moral del verdugo, este funcionario público a quien, a pesar del panegírico que de él hizo el conde de Maistre, las gentes le vuelven la cara. El problema del verdugo es acaso el más árduo que plantea la pena de muerte, y si ésta se debe abolir es más bien para que no tenga que haber verdugos que no para





que no tenga que haber ajusticiados. Es al verdugo y no al reo a quien hay que indultar. Y hemos pensado si no sería una solución provisora hacer que todos los sentenciados a muerte fuesen fusilados por un piquete de soldados sujetos a la disciplina militar. Así, a la vez, se pondría de manifiesto la más triste [laga de 'a servidumbre militar, lo que hace de los pobres mozos que según la frase tradicional van a servir al rey verdugos. De verdugos se les ha hecho actuar en algunas huelgas y de verdugos de hermanos suyos inocentes.

Mas volviendo a los «suizos» que hacen de censores, ¿qué se puede esperar en un país como la actual envilecida España, en que no hace un año se ofrecían de policías honorarios no pocos degradados señoritos conservadores? Y aun éstos al fin lo hacían movidos de una triste pasión; ¿pero y los que se prestan a ejercer la censura implantada por el Dato ese, bajo la impresión de un poder extraño, no más que por asegurar el amargo pan de su sueldo? «El emperador sabe lo que hace; yo debo obedecerle».

Hoy leemos dos cosas. En «El Sol», de Madrid, la demostración palmaria de que un periodista, un Schiller — no el dramaturgo alemán, sino el carcelero suizo, — ejerciendo el hoy y en las actuales circunstancias deshonoroso y denigrante oficio de censor ha tachado en un parte que se suponía enviado de París las mismas expresiones que ha dejado pasar en uno supuesto de Nauen, y hemos leído







también que la Asociación de la Prensa se propone expulsar de ella a ese Schiller censorio. Acaso tiene alguna disculpa de origen patológico.

En la brava lucha que hoy se riñe en España, en esta verdadera guerra civil en que estamos empeñados, se tiene demasiadas consideraciones a los mercenarios. Nadie nos ha superado en ataques a los que llamamos trogloditas, pero reconocemos que los hay de buena fe y no más que por defecto de mentalidad, por cortedad de inteligencia; mas con los que nunca transigiremos será con los mercenarios, con los carceleros, con los verdugos, con los policías honorarios, con los censores al servicio de un gobierno mediatizado y sometido a poderes extraños. Siervos así no deben poder vivir en una sociedad de hombres libres mientras no se purifiquen.

Sólo creeremos en la dignidad de España cuando los déspotas no encuentren esbirros y sicarios que los sirvan, cuando los funcionarios digan: «El soberano no sabe lo que se hace, y yo no debo obedecerle».

MIGUEL DE UNAMUNO

